EN BUSCA DE UNA MUJER NUEVA: REBELION Y RESISTENCIA EN YO VENDO UNOS OJOS NEGROS, DE ALICIA YANEZ COSSIO

POR

MICHAEL H. HANDELSMAN

University of Tennessee, Knoxville

A pesar de los numerosos estudios sobre el aporte femenino a las letras latinoamericanas que se han publicado durante los últimos años, pocos son los investigadores que se han preocupado por analizar la situación de las escritoras ecuatorianas. De hecho, con sólo una rápida ojeada de lo que se ha escrito en revistas y libros y de lo que se ha presentado en congresos literarios acerca de las latinoamericanas, la ausencia de referencias a las escritoras del Ecuador es notoria, e inclusive da la impresión de que no hay escritoras ecuatorianas que merezcan considerarse junto a tales literatas como Lynch, Castellanos, Bullrich o Bombal. Sin duda alguna, uno de los factores que ha contribuido a este desconocimiento ha sido un sistema ineficiente de editoriales nacionales y la falta, prácticamente total, de una promoción consciente de los libros publicados en el país. No pocos escritores ecuatorianos han comentado, durante años, que publicar en el Ecuador equivale a quedarse inédito.

Sin embargo, las letras ecuatorianas están vivas, aunque a veces olvidadas, y una de las figuras más representativas de la calidad literaria que caracteriza a las nuevas generaciones nacionales es una mujer, Alicia Yáñez Cossío. Hasta la fecha, Yáñez Cossío ha publicado tres poemarios, una colección de cuentos y cuatro novelas¹. A pesar de la poesía que ha

¹ *Luciolas* (1949); *De la sangre y el tiempo* (1964); *Poesía* (Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1974); *El beso y otras fricciones* (Bogotá: Ediciones Paulinas, 1975); *Bruna, soroche y los tíos* (Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973); *Yo vendo unos ojos negros* (Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1979); *Más allá de las islas* (Quito: «Don Bosco», 1980); *La cofradía del mullo del vestido de La Virgen Pipona* (Quito: Editorial Planeta, 1985). No tenemos la información bibliográfica completa de los primeros poemarios citados en esta nota.

escrito, se considera principalmente prosista y es precisamente la narrativa lo que le ha dado renombre en las letras ecuatorianas.

Desde la publicación de su primera novela, *Bruna, soroche y los tíos*, en 1973, premiada un año antes con el Premio Único Nacional de Novela auspiciado por el diario *El Universo*, de Guayaquil, Alicia Yáñez Cossío ha empleado la narrativa para expresar sus principales preocupaciones, que giran alrededor de la deshumanización del hombre moderno. Todo parece negarle su vitalidad y su libertad. En *Bruna, soroche y los tíos*, por ejemplo, la protagonista lucha por salir de un medio estático y anacrónico, cuyos prejuicios y tradiciones amenazan destruirla. En los cuentos de *El beso y otras fricciones* (1975), son los excesos de la cibernética y la mecanización del mundo los que debilitan al hombre y hasta lo convierten en su esclavo. En fin, la visión que Yáñez Cossío tiene del mundo es clara: todo está gobernado por un sistema de normas, leyes y costumbres que destruyen la humanidad. La comprensión entre los hombres, el mutuo respeto y la hermandad han sido reemplazados por la avaricia, el materialismo y la obsesión por el poder, que, según Yáñez Cossío, son la consecuencia de un sistema capitalista dentro del cual se valorizan los bienes materiales sobre todo lo demás.

Y, sin duda alguna, un elemento integral de esta problemática de injusticia, opresión y explotación que preocupa tanto a Yáñez Cossío es la condición de la mujer. En toda su obra, tanto en la poesía como en la prosa, protesta por la victimización de la mujer y recalca la necesidad de que luche por su derecho a vivir plenamente, disfrutando de todo su potencial. En su poema «La mujer es un mito» pone de relieve la soledad que sufre la mujer y la falta de comprensión que caracteriza su vida. Así, pues:

La mujer es un mito:
 lleva auestas el fardo de su carne
 en el mísero comercio del prostíbulo.
 Cada noche de sus manos ávidas
 el amor se le va, sin darle nada...
 Mujeres como cáscaras,
 mujeres como esponjas
 mujeres como tumbas olvidadas.

(Poesía, p. 13.)

En cuanto a la explotación que continuamente amenaza destruir a la mujer, Yáñez Cossío lamenta en el mismo poema:

La mujer es un mito:
 por un salario mínimo en la fábrica

diseca todo el jugo de su vida,
y comercia las horas de su día
por un vestido nuevo en la oficina.
O se muere de adrede
absorta ante el espejo de su alma
en el convento.
Mujeres como máquinas,
mujeres como topos,
mujeres como velas que se apagan.

(*Poesía*, p. 14.)

Para la mujer que se conforma a su situación de oprimida, para la que no descubre sus necesidades y no insiste en cultivarlas, el único futuro que le espera es el de su propia anulación, como ha sido el caso de la protagonista del cuento intitulado «Hansel y Gretel». Brevemente, este relato trata de una mujer que sólo vive para satisfacer las necesidades y los gustos del esposo y, en el proceso, su conformismo y abnegación la destruyen (*El beso y otras fricciones*, pp. 66-69).

A diferencia de Gretel, sin embargo, está Bruna, la protagonista de la novela *Bruna, soroche y los tíos*, quien rompe con todo el sistema opresor, ya que comprendía «que la vida era el supremo don que podía tener y por el cual valía la pena hacerse todas las magulladuras posibles. Si se vivía una sola y única vez era necesario sentirse plenamente ser humano, persona, mujer» (p. 347).

Aunque se podrían citar muchos ejemplos más para demostrar la importancia que ocupa la protesta feminista en la obra de Yáñez Cossío, tal vez la novela que con más profundidad examina la resistencia y la rebelión de la mujer es *Yo vendo unos ojos negros*, publicada en 1979. El argumento es muy sencillo. María, la protagonista, acaba de separarse de su marido y, por primera vez en su vida, tiene que valerse por sí misma. La novela es, en gran parte, la historia introspectiva de una mujer que tiene que encontrar su lugar en un mundo hostil e insensible ante sus aspiraciones y necesidades. Los temores, la inseguridad, la lucha por descubrirse e identificar su talento, el esfuerzo por comprender e interpretar su mundo, son los temas principales que en la novela de Yáñez Cossío dan sustancia a su heroína. María es, en fin, una mujer pensante, quien a través de sus reflexiones y comentarios acerca de su situación personal se convierte en una mujer-símbolo, que Yáñez Cossío utiliza mientras examina la condición actual de la mujer en la sociedad y, a la vez, sugiere qué forma debe tomar su resistencia y rebelión al forjar a la mujer del futuro.

Desde los primeros momentos de *Yo vendo unos ojos negros*, Yáñez Cossío pone de relieve la vida estancada en que se encuentra la mujer.

Agua sucia, la pestilencia y una modorra, constituyen la imagen presentada. Sin embargo, el ambiente también está cargado de conflictos y del potencial para romper este orden sofocante. Escribe la autora:

Todo estaba tranquilo como un charco de agua sucia brillando y oliendo bajo la modorra del sol, mientras miles de paracaidistas ensayaban sus saltos acrobáticos sobre el agua y se complacían contemplando sus imágenes invertidas. De repente, alguien, un ser extraño a la charca, tiró una piedra y las natas verdes se abrieron como cortinas aterciopeladas y viejas dejando ver las intimidades: montones de larvas dormían flotando en el agua podrida. Los caballitos de San Vicente, asustados, dejaron a un lado sus maniobras y volaron a esconderse en sus cuarteles vegetales (p. 7).

El charco es la sociedad; las larvas dormidas son las mujeres que todavía no se han descubierto; los caballitos representan a los hombres; «y la piedra que vino a revolverlo todo» es la conciencia de María —la de todas las mujeres—, que, al cuestionar el *statu quo*, busca nuevos derroteros en la vida.

En el momento de ser removidas las aguas del charco, es decir, cuando la conciencia de María comienza a sacarla de su estado de larva dormida, advirtiéndole «desde el abismo de su actual impotencia que todo en el mundo andaba mal por causa del machismo» (p. 8), se inicia un proceso de «concienciación» feminista. Las preguntas que María se hace traen nuevas ideas, y éstas, paulatinamente, le dan una nueva visión de lo que ella debe ser y hacer en la vida. Los primeros cambios son externos, formales. Como explica Yáñez Cossío al referirse a su protagonista, «se quitó el 'de' de su apellido de casada y lo tiró por encima del hombro. Al caer, el 'de' produjo un estallido de cacerolas de aluminio rodando por las escaleras de la casa: pram pata pram porque la mujer no es propiedad de nadie, ni siquiera del marido pram pram» (pp. 17-18). Luego viene la separación matrimonial. Al quitarse el «de», María ha experimentado una especie de liberación o, si se prefiere, un renacer. «Sin el apellido de casada se sintió desnuda como si acabara de nacer y sin los pañales adecuados para su estatura y sin sus padres que hace tantos años le ayudaron a dar los primeros pasos en el trillado camino de ser mujer para casarse y tener hijos, casa y marido, marido, marido hijos y casa, hijos casa marido» (p. 18). Es así como María logra salir del charco.

Pero como ya habíamos observado, estos cambios son formales, de una naturaleza simbólica y legal, que en ningún momento garantizan que María pueda realizarse plenamente fuera de las aguas podridas. De hecho, la visión que Yáñez Cossío tiene de la llamada «liberación femenina» es mu-

cho más profunda que el mero acto de quitarse el «de». Ser libre e independiente implica aceptar nuevas responsabilidades que, por por lo general, exigen sacrificios, mientras que despertarse requiere que uno formule nuevos criterios de vida, sus propios criterios. Este aspecto de la rebelión o resistencia es precisamente el que le interesa y le preocupa a Yáñez Cossío en *Yo vendo unos ojos negros*. Si bien es cierto que el rompimiento matrimonial de María exigió valor, es también cierto que ha sido sólo el primer paso en la búsqueda de una nueva mujer.

«Y ahora, ¿qué hago?» (p. 29), es la pregunta que inicia esta nueva etapa en la vida de María, quien se da cuenta que mientras la conciencia «era experta en lanzar ideas, ... no tenía ninguna experiencia en soluciones prácticas» (p. 19). Buscar trabajo, mantenerse sola, son las primeras necesidades. Pero si fue difícil romper intelectual e ideológicamente con su situación anterior, María descubre que las necesidades prácticas e inmediatas de todos los días, en su nuevo estado libre e independiente, son aún más conflictivas. El sustento «requiere» un empleo que «requiere» referencias que «requieren» experiencia que «requiere» preparación profesional. Y María está sola y abandonada. «Era la propietaria de sus actos pero estaba sola entre noventa y nueve mil gentes quienes le ignoraban por completo» (p. 29). Además, «se sentía insegura porque le educaron sólo para casarse con un García... porque creyó ingenuamente que si esperaba un año más se iba a quedar sin pan ni pedazo, en la percha, sola, solterona, sañuda, sin apoyo, sin el cambio de apellido, intacta, indefensa, indeseada» (p. 35).

No ha de extrañarnos que María comience a vacilar y dudar de sus decisiones. Las presiones son tremendas y todo conspira para hundirla otra vez en aquel charco de las aguas podridas. Se avergüenza ante su torpeza en el mundo del trabajo, donde «se quedó muda, en suspenso, sin saber por dónde empezar» (p. 51) y, por consiguiente, «hasta se arrepentió de haberse separado de García porque en el fondo lo único que era, era una mujer absurdamente tímida e inútil» (p. 52). Es así que, después de su primera entrevista para conseguir empleo, María se siente humillada, como si mendigara por el pan. En el fondo, su condición de mujer tradicional hace imposible su desenvolvimiento fuera del hogar, mientras que el temor de fracasar se convierte en obsesión. «Habría jurado que a través de las ventanas de los edificios cercanos, miles de miradas de personas conocidas entre las que estaba García con su madre, se estaban riendo a carcajadas. Dio un largo rodeo antes de llegar a su casa como si tratara de despistar a un seguidor burlón y hasta se sorprendió hablando a solas y castigándose a sí misma con un masoquismo de: Estúpida-estúpida-estúpida---estúpida» (p. 60).

Pese a estas dudas y recriminaciones, María consigue trabajo y logra la autosuficiencia. Sin embargo, la lucha por la independencia y la liberación de María no termina con el empleo, con el sustento diario. A diferencia de *Bruna, soroche y los tíos*, una novela en la cual Yáñez Cossío se contenta con resaltar la lucha de una joven por salir del soroche y, de esta manera, realizarse como persona total en un mundo libre y nuevo, en *Yo vendo unos ojos negros* la autora abandona esta visión eufórica (¿ingenua?) del triunfo de Bruna y se enfrenta con las condiciones socioculturales que le esperan a su protagonista fuera del soroche o del charco. Es decir, el concepto que Yáñez Cossío tiene del feminismo —de la resistencia y la rebelión femeninas— ha evolucionado desde la publicación de su primera novela. Liberarse de ciertos convencionalismos que han relegado a la mujer a un estado de inferioridad es sólo un pequeño triunfo dentro de una lucha ardua que, para Yáñez Cossío, no puede limitarse a un contexto exclusivamente femenino.

Al leer *Yo vendo unos ojos negros* queda claro que la explotación y la opresión sufridas por la mujer son sintomáticas en un mundo capitalista, cuyos modos de producción han creado un sistema socioeconómico que depende de dicha explotación y opresión. Este mismo concepto se encuentra en *Slaves of Slaves: The Challenge of Latin American Women*, donde se insiste en que las relaciones entre hombres y mujeres sólo pueden cambiar dentro de un nuevo orden económico. Los nuevos modos de producción «will give rise to new social relations and create a space in which a new system of values can develop, values which incorporate elements geared to physical and cultural liberation and opposed to any practice of exploitation, and hence also to the oppression of one sex by the other»². A este respecto, es aleccionador tener en cuenta la posición planteada por la Oficina Nacional de Mujeres del Ecuador, que «considera que la problemática femenina está inserta en el contexto de la problemática nacional y está íntimamente ligada con nuestra realidad socioeconómica. De acuerdo con esta concepción, la problemática de la mujer no puede ser tratada ni analizada como un asunto que sólo atañe a las mujeres, sino, al contrario, como un problema al interior de la sociedad»³.

De modo que el feminismo que Yáñez Cossío ofrece en *Yo vendo unos ojos negros* no se limita a una serie de exigencias personales ni se define

² Latin American and Caribbean Women's Collective, *Slaves of Slaves: The Challenge of Latin American Women*, trans. Michael Pallis (London: Zed Press, 1980), p. 10.

³ María de Acosta, «Mujer ecuatoriana se capacita mediante labor de la Ofnamu», *El Comercio* (Quito), 3 de septiembre de 1983, sec. B, p. 2.

estrictamente en términos de *personal fulfillment*. María lucha contra todo un sistema deshumanizado y materialista. Según se lee:

La tensión, el odio, la injusticia, el deseo de encumbrarse pisoteando los cuerpos y las almas de los semejantes son las consecuencias de estar atrapados en las telarañas de un sistema de vida ajeno al ser humano. Pero el mundo está hecho así, y cada vez serán más espesas las telarañas, por la cobardía de quienes no quieren ceder un poco de terreno para que los otros puedan poner la huella de su pie sobre la tierra. Por la cobardía de los que han llenado su medida y, sin embargo, no estallan, arrasando con su estallido hasta los cimientos de las montañas más altas. Por la cobardía de los que no piensan, porque el pensar implica meterse dentro de sí mismo para barrer toda la basura y podredumbre que se sabe que hay, pero duele admitirlo. Por la cobardía de no querer aceptar el ser hombre o mujer frente a la vida (p. 98).

Por tanto, el acierto principal de esta novela radica precisamente en la capacidad de Yánez Cossío de entrelazar los dos temas, que en realidad constituyen uno solo. Al conseguir un empleo con la compañía extranjera de Christine Farrow, compañía de productos de belleza, María se hace vendedora de cosméticos y poco a poco se da cuenta de lo artificial y de lo superficial que es el mundo de la mujer. En la novela se denuncia continuamente la preocupación excesiva de parte de muchas mujeres por emular y por conformarse a una imagen estereotípica de la mujer bella. Hasta cierto punto, este culto a la belleza femenina tiene los mismos efectos que una droga que le consume a uno toda su energía y vitalidad. Pintarse, arreglarse el pelo, parecerse a las modelos fotografiadas en las revistas de modas hacen a la mujer insensible ante sus verdaderas necesidades, ya que vive eternamente enmascarada. Por eso, cuando María conoce a una de las representantes de Christine Farrow, reflexiona: «Era tan perfectamente artificial que hasta tenía la tristeza y la ausencia de las cosas muertas, de la mujer-objeto que se prodiga gratuita, que se vende y se prostituye a cambio de nada. Bajo su deslumbrante elegancia, quedaba lo de siempre: un sedimento de soledad y de tristeza» (p. 115).

No hay duda de que para Yánez Cossío esta obsesión por ser bella —por lo menos en términos de una sociedad de consumo— contribuye a la deshumanización y cosificación de la mujer. Todas salen del mismo patrón y carecen de una personalidad propia y original. Así, la autora describe:

Tal vez llegue un día en que las mujeres caigan en cuenta en lo que significa ser mujer: algo más que ser humano con la misión de dirigir la vida que tan fácilmente se desliza cuando se ama, y no objetos ávidos

de llenarse con las bagatelas que se le ocurren a un diseñador cualquiera para acelerar la producción de un panzudo fabricante. ¡El mundo de economía, finanzas y producción que se vendrían abajo si dejara de existir la moda. Y qué limpia, íntegra y cabal sería la nueva mujer liberada de esas miserables cadenas! (pp. 47-48).

Esta última cita pone de manifiesto la tesis central de Yáñez Cossío. Es decir, el sistema económico y, más precisamente, el sistema capitalista, que tiende a «obligar a toda una sociedad a trabajar y trabajar como esclava, amarrada a la noria de la producción, condenada sin remedio a comprar todo lo que vende» (p. 161), impide el desarrollo integral del ser humano. Si en el primer instante *Yo vendo unos ojos negros* solamente parece denunciar la victimización de la mujer, poco a poco el lector se da cuenta de que Yáñez Cossío está rebelándose contra todo un sistema de vivir y de pensar que destruye tanto al hombre como a la mujer. «¿Por qué se acepta un sistema basado en la comodidad de unos pocos y en la costumbre?», se pregunta María. «¿Por qué tanta opresión, tanta ignorancia de lo que es un ser humano?» (p. 76).

De modo que, para Yáñez Cossío, la formación de una mujer nueva, que pueda realizar plenamente su potencial como una persona total y que no esté limitada a unas pocas esferas de actividad, presupone un nuevo orden socioeconómico en el cual exista también un nuevo hombre. Este concepto de feminismo enseña que la mujer no debe aspirar a desplazar al hombre o a integrarse en una cultura machista, ya que la misma explotación y opresión de la actualidad perdurarán. Es decir, «assimilation of women into male-controlled culture will probably produce women who simply act like men»⁴. Por tanto, en *Yo vendo unos ojos negros* la rebelión y la resistencia de María no se limitan a un conflicto entre los sexos; la transformación de relaciones entre el hombre y la mujer exige un esfuerzo común. Según se lee en la novela, «las mujeres necesitan del hombre para enderezar el eje de la tierra. Había, entonces, que encontrar al Hombre» (p. 290).

En conclusión, Yáñez Cossío lleva la lucha feminista a un contexto amplio y humano. Urge que la mujer salga de su estado de somnolencia y que reclame su libertad y sus derechos. Pero, al mismo tiempo, señala que la mujer tiene que comprender quién o qué es el verdadero enemigo. Al terminar la novela, la autora afirma una vez más su concepto de feminismo. Por una parte, dentro de la solidaridad que ha de existir entre el nuevo hombre y la nueva mujer, ésta se muestra independiente, respon-

⁴ Joan I. Roberts (ed.), *Beyond Intellectual Sexism: A New Women. A New Reality* (New York: David McKay Co., Inc., 1976), p. 59.

sable y libre; por otra parte, hay la lucha por un nuevo sistema socioeconómico que no prostituye sus valores y sentimientos humanos por el dinero:

Entonces, si se encontraba al hombre, había que decirle sin rodeos: Venga conmigo, usted y yo vamos por el mismo camino, pero yo no vendo nada y soy incomprable y tengo unos ojos negros que tampoco se venden porque me sirven para mirar la vida con la ternura redonda y simple de un nuevo ser humano que ha ido evolucionando y ha dicho ¡basta! a todas sus miserias (pp. 290-291).